

LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA DICTADURA BOLCHEVIQUE.

La Paz, 24 de Agosto de 1934.

Señor don Enrique Molina.—Concepción.

Mi distinguido amigo:

Leo con singular placer su obra «La Revolución Rusa y la Dictadura Bolchevista».

A pesar de la frondosa literatura sobre la Rusa revolucionaria y del casi agotamiento de los testimonios individuales, en sus páginas hay muchas bellas y nobles enseñanzas. Comparto sus juicios finales: Sócrates, conciencia moral del hombre, atento a la ley y a la libertad del individuo, es, ciertamente, mejor camino para la humanidad, que el retroceso bolchevista a la barbarie de las masas sacrificadas por la dictadura.

Una vez más me sorprende el hondo idealismo de sus libros. Quiero creer que esas generaciones de almas juveniles que educa Ud. en la Universidad de Concepción, cosecharán provechosos frutos junto a la voz protectora del maestro, que los conduce con seguro instinto por el filo del equilibrio moral, sin dejarlos caer en el caos que se abre a los pies de las juventudes contemporáneas.

Por Radio «Illimani» transmitiré algunos párrafos de su obra, tan interesante en el contenido como generosa en la intención.

Creo que en nuestra América criolla, antes de acrecentar la cultura, debemos despertar la conciencia del individuo; toda la obra de Ud., querido maestro y amigo, está consagrada a este fin. He aquí la clave de mi profunda simpatía hacia sus libros.

Lo abraza de todo corazón.—(Firmado).—*F. Díez de Medina.*

SANTIAGO: CALLES VIEJAS, por *Sady Zañartu*. Nascimento.

Una de esas tardes en que es tan grato vagabundear por las calles del centro, le preguntamos a Mariano Latorre, que iba en nuestra compañía:

—¿Cómo se le ocurre a Ud. Mariano, que sería esta calle Ahumada en los tiempos de la colonia?

Mariano, pestañea breves instantes, se afirma bajo el brazo su cartera de cuero repleta de libros, y con el cigarrillo humeante en una mano, ayudado por su conocimiento de viejos infolios y más que nada por su fantasía de escritor, nos hace en unos cuantos minutos una descripción, de como él se imaginó que fuera aquella vía, en los lejanos tiempos en que dominaba en estas tierras la autoridad de S. M. el Rey de todas las Españas.

Muchas veces leyendo este interesante libro de Zañartu, obra de paciencia, de investigación y de arte de la mejor estirpe, he recordado este incidente. Porque es indudable que cada hombre siente siempre una curiosa simpatía hacia el pasado, y, seguramente, así como le interesa saber de que color tenía los ojos su abuela, o si era alta o baja, le es grato conocer los detalles de la calle en donde vive, que es el escenario de aquel jirón de humanidad que en el recuerdo, revive con dulce y recóndito encanto, exornado por el influjo del sentimiento.

El libro de Zañartu, a más de su inapreciable valor documental, tiene el mérito de ser una obra artística realizada con amor, tomando por base un detalle verídico, que el autor ha hermosado poniendo un soplo de vida sobre cada incidente, que diera origen al nombre de cada calle, animándolo, acercándolo, a nuestra sensibilidad, con ese perfume de evocación, que hace creer que en aquellos tiempos la vida era más buena, más cordial y más piadosa.

Muchas veces habíamos pensado en cuál sería el motivo para que la calle Ahumada se llamara así, por tratarse de la principal arteria de nuestra ciudad y porque aquel nombre nada nos

sugería ni se relacionaba en forma ostensible con ningún acontecimiento de nuestra historia. Sólo aquí en el libro de Zañartu, hemos venido a saber que allí estuvo el solar donde se alzaba la casona del hidalgo don Juan de Ahumada, regidor de la ciudad, quien antes se había destacado en las campañas de Arauco, junto a don Francisco de Villagra, don Rodrigo de Quiroga y otros capitanes de la conquista.

Como se ve la calle Ahumada, tiene su abolengo, pues nació, en una noble mansión. En el libro de Zañartu su leyenda está llena de sabrosas e interesantes incidencias. Hay otras que tomaron su nombre de un convento, como las de Agustinas, algunas de un árbol como las del Peumo y del Chirimoyo, otras como la de Bandera de la ocurrencia de un señor a quien se le ocurrió izar una bandera a la puerta de su negocio. Como se ve el motivo que dió origen a cada uno de los nombres de las calles de nuestra ciudad, es casi siempre de mínima cuantía, pero creemos que dentro de estas leyendas cada uno de estos motivos se agranda porque el autor con un concepto certero de lo que correspondía hacer para poner de relieve el interés de cada leyenda, buscó con gran acierto, dentro de la época, a algún personaje que allí viviera, para de este modo poner una vibración humana, una huella de simpatía, que se desprende como una fruta sazónada, de todos los rincones de esta ciudad, en donde ya no existe nada que evoque el pasado.

En la historia de estas calles viejas, se hace un paseo romántico por ese Santiago Antiguo, que se dormía temprano para madrugar mucho a oír la primera misa del alba. Es esta la historia sentimental de una ciudad, escrita con emoción verdadera en un bello y noble lenguaje, en donde el estilo corre como un hilo de agua clara en el cual se reflejan con nítidos y limpios relieves todos los panoramas de la ciudad que duerme para siempre, bajo esta otra trepidante, esquiva y quien sabe si ingrata para quien como Zañartu le rinde en este libro, el homenaje de lo mejor de su espíritu.—L. D.